

CUANDO TU ALUMNO ES EL ASESINO

El tema de este encuentro, “la Universidad como espacio literario”, se integra en otro más amplio, esencial en toda reflexión artística. Se trata, ni más ni menos, de la eterna cuestión sobre las relaciones entre la experiencia del mundo y su representación. ¿La creación es permeable al entorno? ¿Cuanto más intensa es su presión, más necesaria es la expresión? ¿Hasta qué punto nuestras vidas son trasladables a nuestros relatos? ¿Podemos afirmar, como Lukacs, Althusser, Goldman y otros representantes de la crítica marxista que esa transferencia no sólo es posible sino que resulta inevitable, que el artista, lo quiera o no, está sometido al determinismo de las circunstancias? Según estos planteamientos, el escritor sólo es el portavoz de un grupo social, sujeto transindividual, voz obligadamente colectiva que, consciente o inconscientemente, refleja el espacio que habita y los intereses que en él se dirimen. En definitiva, hay historias porque hay Historia.

En los años sesenta, setenta, incluso ochenta del siglo pasado este principio “sociocrítico” disputaba espacio teórico a la mitocrítica, la psicocrítica, la crítica formal y otras escuelas que partían de diferentes ámbitos conceptuales para explicar el hecho artístico. ¿Creamos en función de las estructuras de un imaginario colectivo del que la antropología da cuenta? ¿Creamos en función de unas metáforas obsesivas forjadas en nuestro subconsciente? ¿Creamos a partir de las posibilidades que permite el sistema de la lengua y sus derivadas retóricas? El alineamiento en una u otra corriente formaba parte de “la apuesta fatal” del crítico, tal y como decía Barthes. El compromiso era vivido en esta dimensión teórica con idéntica vehemencia que en la práctica política. Y de ahí surgían querellas, alineamientos, rivalidades y hasta enemistades notorias. ¿La literatura se debe a la verdad o a la belleza? ¿Escribimos porque hemos vivido o porque hemos leído? ¿La escritura provoca el conocimiento personal o la movilización social? ¿Embelesa o libera? ¿Es arma o altar?

La condición postmoderna vino a relajar estas tensiones y la crítica literaria se hizo más ecléctica, quizá más escéptica. De una manera o de otra, empezamos a asumir que la obra artística responde en función de la pregunta que se le haga. Así que al título de nuestro encuentro, “la Universidad como espacio literario”, debería corresponder como respuesta un análisis de nuestra condición universitaria y de las motivaciones literarias que de ellas derivan. Habría que suponer que la Universidad, como lugar de conocimiento movido por la curiosidad y asentado en la investigación, favorece la actividad literaria que, al fin y al cabo, disecciona al ser humano y sus relaciones con el mundo. Como, además de voluntad de saber, se le supone sensibilidad estética, exigencia ética y hasta familiaridad con las técnicas de comunicación, podríamos concluir que la Universidad es un buen espacio **desde** el que escribir. Si añadimos que

en él se dirimen claves científicas, filosóficas o artísticas, se solventan rivalidades profesionales y personales, se reparten honores y complementos salariales, también podríamos concluir que la Universidad es un buen espacio **sobre** el que escribir. Personas inquietas, intelectualmente preparadas, capaces de afinados análisis evolucionando en un entorno marcado por la ambición... ¿Qué más necesita un relato...? Sin embargo la Universidad, más concretamente la Universidad española, está lejos de ser un vivero literario. ¿Se trata de una anomalía? Y, en el caso de que lo fuera, ¿a qué motivos obedece?

Al menos en el ambiente que yo he vivido, una buena parte de los colegas miran con sorna, cuando no con desprecio, al que intenta sus pinitos literarios. Como si fuera alguien contagiado por la locura, un descerebrado que, a fuerza de hablar sobre escritores, ha acabado creyéndose uno de ellos. Añádase la sospecha de que el tiempo dedicado a este “afán de notoriedad” va en detrimento de una responsable preparación de las clases. Podría tratarse de una percepción subjetiva por mi parte, pero es que nuestro Ministerio de Educación, ANECA interpuesta, tiene, si no prohibida, al menos desincentivada la vocación escritora. Supongo que muchos de los aquí presentes han comprobado cómo su novela puntúa cero para sus sexenios, mientras se valora positivamente los artículos escritos sobre esa misma novela. En nuestra Universidad lo normativo se ha impuesto sobre lo creativo con exagerado rigor. La Universidad española no contrata autores, de hecho, apenas los invita. En el país del Quijote el apasionamiento literario sigue percibiéndose como locura.

Yo he sido un recalcitrante de la escritura **desde** la Universidad. Ingresé en ella con obra publicada en inconfesables soportes editoriales y siempre le otorgué un tiempo importante en mis actividades, consciente de que, a pesar de las evaluaciones disuasorias, me ayudaba en mi tarea docente e investigadora. Digo que escribí insistentemente **desde** la Universidad, pero hasta que no me jubilé no escribí **sobre** la Universidad. No fue algo planificado sino una reacción repentina, sorprendente para mí mismo, que puso de manifiesto hasta qué punto había vivido de forma opresiva mi paso por la docencia. Descubrí así que, probablemente, escribía también para paliar los inconvenientes de una carrera que, por circunstancias extra-académicas, no me resultó fácil.

He trabajado treinta y ocho como profesor de Literatura Francesa en la Facultad de Letras de la Universidad del País Vasco. Llegué a Vitoria en 1975 dejando atrás una infancia y juventud vivida con los miedos de la represión franquista. En mi casa, por los antecedentes paternos, la dictadura se vivió entre cuchicheos y sobresaltos, a veces entre incertidumbres y humillaciones (como en otros muchos hogares). La llegada al País Vasco coincidió con la muerte de Franco y me pareció que una nueva etapa empezaba para España y, sobre todo, para mí. Inauguraba trayectoria profesional, vida en una nueva ciudad y una gran expectativa de libertad. No tardé en comprobar que el tiempo del miedo, del cuchicheo, del sobresalto, también el de la humillación, no había terminado. En Euskadi en general y en la Facultad de Letras en particular los no nacionalistas no tardamos en sufrir las presiones filo-etarras. Una buena parte de mi carrera profesional transcurrió en un espacio controlado políticamente por las juventudes de Batasuna bajo sus diferentes denominaciones. Un grupo de estudiantes, que nunca representó más del quince por ciento, condicionó la vida académica.

Convocaron huelgas, ocuparon espacios y desalojaron aulas cuando les pareció. Algunas de sus manifestaciones por el interior del centro terminaron con rotura de mobiliario y, en algún caso, con agresiones al profesorado. Mantuvieron los espacios comunes en una performance continua de denuncia de la opresión del Estado. La profusa cartelería pendía del techo para que no pudiera ser ignorada, incluso para obligar a inclinar la cabeza al pasar bajo ella. El vestíbulo estuvo presidido durante décadas por un póster gigante con las fotografías de nuestros estudiantes presos (“el cuadro de honor”, decíamos en voz baja los que no compartíamos la escenografía). Hubo amenazas, algún coche quemado, simulacro de atentado y, que yo sepa, una quincena de profesores, incluido un rector, tuvieron que abandonar la Universidad. Algunos, como Jon Juaristi o Paloma Díaz Más, también son escritores.

La situación no era fácil y menos para quien, como yo, denunciaba la violencia etarra en la columna de opinión que mantuve en prensa durante catorce años. Más que el atentado a las libertades, la indiferencia de algunos compañeros o la pasividad de las autoridades académicas, me preocupaba cómo mis propios estudiantes podían haber llegado a implicarse en actividades terroristas. Para todo profesor de literatura, la transmisión de valores, la inculcación ideológica constituye una cuestión esencial. ¿Quién había convencido a esos jóvenes de que matar podía estar justificado, incluso resultar heroico? Siempre he pensado que los inventores y difusores de un relato históricamente erróneo, cargado de odio, debían ser puestos en evidencia. Los inductores tuvieron una gran responsabilidad en la extensión y prolongación del sufrimiento en Euskadi. Y no han sido suficientemente señalados. Consecuencia de tanta tergiversación, yo, que había tenido la etiqueta de anarquista durante el franquismo, me encontré con la de fascista en el nacionalismo radical.

Tuve que luchar -menos que algunos, lo reconozco- contra la agresividad de unos cuantos, la indiferencia de muchos y la muy activa “corrección política” de otros. Una de mis batallas, sin éxito, tuvo como motivo los alumnos presos a los que, tras querrela de competencias con la UNED, corregimos exámenes y evaluamos durante muchos años. “Alumnos en situación especial” los llamó la administración de nuestra Universidad. Al final, fijó una denominación aún más discutible, “alumnos privados de libertad”. Como le comuniqué por escrito a nuestro vicedecano, les nombraban por el castigo y no por la culpa. “Alumnos condenados por delitos terroristas” habría sido una etiqueta más acertada. La que utilizó la UPV-EHU movía más a la compasión que al rechazo.

Me jubilé hace cinco años y no he vuelto a poner los pies en la Facultad. Lo cual es revelador del alcance de lo que allí viví. Sé que el mismo sector de alumnado controla todavía una parte de la vida de la Facultad y, aunque ETA está disuelta, han seguido produciéndose actos de vandalismo. El 28 de junio pasado (ni siquiera hace tres meses) la Guardia Civil entró en la Facultad de Letras de la UPV-EHU, requisó documentación que suponía enaltecimiento del terrorismo y practicó tres detenciones. La operación HAIEN puso en evidencia que las aulas destinadas a actividades de los alumnos se habían utilizado como centro logístico para homenajear a cinco miembros de ETA el 27 de marzo de 2016, a tres exdirigentes de la banda el 11 de diciembre de 2016 y a un etarra fallecido el 27 de septiembre de 2017. También se requisó material utilizado en acciones violentas, rotura de cámaras de vigilancia, ataques a autobuses urbanos,

pintadas, destrucción de mobiliario... La primera reacción de la UPV-EHU fue exigir la orden judicial a la guardia civil y recriminar que hubiera entrado sin previo aviso. Todo en defensa de la libertad y de la autonomía universitaria.

El libro que escribí como reacción a todo ello, **sobre** la Universidad pero ya no **desde** la Universidad porque jubilado, fue un cómic. Lo titulé *Yo, asesino* y vio la luz en 2014. Cuenta las peripecias de un profesor universitario asesino en serie. Especialista en la representación del suplicio en la pintura europea de los siglos XVI y XVII, pretende alcanzar con sus crímenes la performance artística más radical y pura. El argumento se inserta en una tradición literaria del asesinato como una de las bellas artes (Thomas de Quincey) y, más genéricamente, en el debate filosófico y artístico en torno al acto gratuito (Gide, Breton, Sartre...). Con cinismo un tanto provocador, mi protagonista intenta justificar su comportamiento criminal. Lo hace asumiendo la arbitrariedad de sus actos y, sobre todo, comparándola con las razones que justifican, incluso promueven el asesinato. Cuanto más exalta la gratuidad de su sangrienta tarea, más se ponen en evidencia los argumentos de quienes pretenden dar sentido a la matanza que ha sido la Historia. Asesinar sin motivo alguno está mal, pero ¿existe un motivo que blanquee el acto más execrable que un ser humano puede cometer? “Matar nunca es justo, al menos que sea bello”, se dice el personaje.

Con *Yo, asesino*, un libro que lleva por título una autoinculpación ficticia, quise poner un espejo delante de los que todavía hoy no admiten culpa, no se arrepienten ni, por supuesto, piden perdón. No creo haber logrado mi objetivo. *Yo, asesino* va por la cuarta edición y se ha traducido en ocho países, pero dudo de que haya sido leído en los ambientes filo-etarras. Tampoco en la Facultad de Letras a la que hace explícita referencia.

Volviendo al principio, a lo que hace (o no) de la Universidad un espacio literario. Si ya resultaba difícil entender la escasa producción hispana en terreno tan aparentemente abonado, ¿cómo explicar la ausencia de relato en una Universidad en la que, más que una opción, contar tendría que ser un deber? A pesar de que la UPV-EHU no sólo fue escenario sino también objetivo de ataques terroristas, muy poco (nada, que yo sepa) se ha escrito o se ha dicho sobre la cuestión. Desde el propio ámbito académico no se han promovido debates ni siquiera tribunas para el desahogo de víctimas o exiliados. Y eso no dice mucho a favor de su afán de conocimiento, al menos de su voluntad de reflexionar sobre la dimensión ética de lo sucedido. Y ¿cómo comprender los mecanismos que mueven el mundo si ni siquiera nos interesan los que nos han movido a nosotros? ¿Cómo entender la Historia si ignoramos nuestra historia? ¿Qué pasó en la Universidad del País Vasco durante estas décadas oscuras? ¿Cuál fue su papel? ¿Qué incidencia tuvieron amenazas, justificaciones y dejaciones sobre los trabajadores? Puede que deba pasar más tiempo para que la catarsis se produzca. Puede que haya que esperar el relevo de personal docente y no docente, básicamente el mismo que durante los años de violencia. Puede que tenga que rebajarse la presión actual por imponer una narración condescendiente con quienes, por mucho que se presenten como víctimas, fueron verdugos. Es más, puede que esta dramática historia no aflore nunca en uno de los espacios donde más intensamente se vivió. Porque a veces la literatura no es permeable al entorno. Por secuestro del discurso, por vergüenza, por olvido, por comodidad...

Porque, a pesar de la Historia, a pesar incluso de la Literatura, la verdad y la justicia,
con excesiva frecuencia, no triunfan.

Antonio Altarriba